

*La vida entre
Trozos de
algodón*

JAVIER MARTÍNEZ BAÑULS



LA VIDA ENTRE TROZOS DE ALGODÓN

JAVIER MARTÍNEZ BAÑULS

Copyright © Marzo 2020

© del texto: Javier Martínez Bañuls, 2020.

© de la portada y maquetación: Samanta Jiménez Fernández.

Correctora: Samanta Jiménez Fernández.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su traducción ni su adaptación ni difusión por cualquier medio o formato sin autorización previa de los titulares del copyright.

A todas aquellas personas que siguen a nuestro lado,
aunque no las podamos ver.

Capítulo 1: Nostalgia

Teresa abrió los ojos y respiró como si la hubiesen avisado de que ese sería su último aliento. Intentó encender la luz, pero se dio cuenta al instante de que no tenían electricidad. Maldijo para sus adentros a la tormenta que no les había dado tregua en los dos últimos días y se puso las gafas, forzando la vista para poder ver en la oscuridad. Se fijó en la estantería que tenía enfrente y suspiró aliviada, seguía allí.

Se levantó de la cama con precaución. Hasta ahora apenas había notado su entrada en los setenta, pero parecía que todos los males del mundo habían llegado de repente. Sus piernas cada día funcionaban menos y se sentía débil por momentos, tanto que no podía pasar mucho tiempo de pie.

Se acercó al salón y escuchó a sus nietos hablando en susurros.

—No me puedo creer que esté lloviendo de esta manera, justo hoy. Joder, tenemos una suerte increíble.

Marta tocaba con la punta de los dedos los cristales de la ventana, siguiendo los recorridos que hacían las gotas de lluvia. Las miraba con atención, imaginando que eran las lágrimas que no quería llorar, esas que tenía en sus lacrimales a punto de salir y reprimía, intentando decirse a sí misma que no era para tanto.

Tenía tantas ganas de ir a esa fiesta, tenía tantas ganas de olvidar.

—Si al menos tuviéramos luz, podríamos ver alguna serie o peli —comentó Ramón, su hermano, que en ese justo instante pasaba de nivel en el juego de su móvil.

—Ya, es una mierda —aprobó ella. Se despegó del cristal y anduvo a tientas hasta el sofá. Habían encendido un par de velas, pero no estaban acostumbrados a aquella penumbra.

—No os quejéis —dijo Teresa desde el umbral de la puerta—, cuando yo tenía vuestra edad, no teníamos ni televisión y nos entreteníamos con cualquier cosa.

Caminó lentamente y se sentó en una enorme butaca que había enfrente de ellos. Cerró los ojos y respiró cansada. Tenía que aguantar, estar bien despierta esa noche.

—Bueno abuela, eso fue hace mucho... Mierda, soy tonto —Ramón lanzó el móvil al fondo del sofá. Se le había acabado la batería y ahora no tendría entretenimiento durante las horas que estuvieran sin electricidad.

—Sigo sin entender por qué todos los días de Halloween te quedas durmiendo hasta las tantas de la noche—comentó Marta con semblante aburrido—. Luego no cogerás el sueño hasta la madrugada, vives al revés.

Teresa movió los dedos rápidamente, aunque casi de manera imperceptible, como si tuviera un tic que quisiera esconder.

—Hoy es la noche de los muertos, debemos esperar despiertos a que se presenten —hizo un parón y tragó algo de saliva. Aquello tampoco era fácil para ella—. Quiero que seáis conscientes de ello.

—No me gusta este tema —dijo Ramón. Empezó a jugar con sus manos, nervioso. Entendía que, tal vez, se iba a abrir la caja de los truenos.

—Sé que pensáis que estoy loca —reprochó ella. Más que ese pensamiento, lo que le dolía era que sus nietos no confiaran en ella—. Pero esta noche vendrá vuestro padre.

Marta dio un respingo, negando con la cabeza y levantándose del sofá. Volvió a la ventana y se cruzó de brazos.

—Abuela, no hace ni un mes que papá está muerto —hablaba con la voz entrecortada y, más que cruzarse de brazos, parecía que se abrazaba a ella misma—, no digas estupideces. Llevas toda la semana con esto y parece que no te das cuenta de que cada vez que mencionas a papá me duele. Basta, ya está, déjalo.

—La Muerte nos da una oportunidad al año para reencontrarnos con nuestros seres queridos —respondió Teresa, severa. Había susurrado gritando y, a pesar de su edad, imponía con su presencia—, pero si no tenéis esperanza será imposible.

— ¡Papá está muerto! —dijo Marta en un grito ahogado, aun mirando por la ventana. Lloraba en silencio, como más duele hacerlo, y buscaba en el cielo nocturno alguna estrella que le ofreciera consuelo—. No va a volver, papá no va a volver y eso es algo que debemos asimilar.

—Claro que no va a volver —replicó la abuela—, pero eso no significa que no podáis estar con él.

— ¡Que no! —Marta se giró y, aun entre penumbra, se le notaba en los ojos la mezcla de rabia y tristeza, esa que dan las lágrimas cuando son de verdad. Apretaba los puños con violencia y respiraba agitada.

—Marta... —se apresuró a decir su hermano.

— ¡Cállate, Ramón!

—Marta, cariño, sé que lo estás pasando mal, recuerda cómo murió mi...

— ¡Dejadme, joder! —Marta abrió los ojos tanto que parecía que iba a escupir fuego por ellos. Se dirigió con grandes zancadas al pasillo y se escuchó un portazo que debió retumbar en la otra punta del edificio. Teresa negaba con la cabeza y susurraba por lo bajo:

—Así no va a venir.

—Abuela, no creo que hayas hecho bien en decir estas cosas —Ramón se frotaba los ojos con sus manos, cansado. Él era una persona más fría y estaba consiguiendo aguantar un poco mejor todo lo respectivo a su padre. Pero le rompía el corazón ver a su hermana así.

Teresa cerró los ojos y escuchó en su cabeza los ecos del pasado, las voces que habían cruzado su mente en aquellos días de dolor. Su nieta no atisbaba a saber cuánto la entendía, cuánto conocía sus pensamientos en ese instante. La anciana volvió a aquel día en el que, siendo tan solo una niña, conoció la Muerte sin perder la vida. A aquella noche en que las líneas que separan la vida del más allá fueron más difusas que nunca y se dio cuenta de que solo el olvido mata a las personas.

Allí, en mitad de la oscuridad que ofrecen los ojos cerrados, la volvió a ver. Su imponente presencia como si estuviera allí mismo, a su lado, sus manos heladas rozándole el cabello para consolarla. Escuchó su voz, aquella que no había conseguido olvidar todavía.

Abrió los ojos y dio un respingo como si hubiera vuelto de un lugar muy lejano. Le pidió a su nieto que la escuchase y empezó a relatar el día más importante de su vida.

Capítulo 2: Esperanza

Recuerdo estar en el cementerio y apretar a Lolo, mi osito de peluche, fuerte contra mi pecho. Ni siquiera allí, con el cura pronunciando palabras extrañas acerca de Dios, mi padre, la vida y la muerte, era capaz de dejar de sentir el pinchazo en el estómago. Me faltaba el aire y notaba que mis propias lágrimas se habían secado. Era incapaz de llorar a pesar de ser lo que más deseaba en el mundo.

No había dicho una palabra desde el suceso. «Silencio», eso me había pedido mi padre minutos antes de morir. Aquella palabra, la última que había pronunciado, resonaba en mi cabeza como una emisora de radio mal sintonizada, como aquellas veces en las que mi madre no era capaz de poner bien la antena para conseguir que algún señor hablara a través del aparato.

Mi madre, en ese instante, soltaba todas las lágrimas que yo no era capaz de llorar. Me miraba y en sus ojos notaba el enorme dolor que albergaba su pecho. Sentía cada uno de sus rincones romperse. Supongo que también le dolía yo, el verme así de pálida e inmóvil, como si todos mis sentimientos se hubieran marchado y estuvieran muy lejos de allí. Alguna vez la escuché decir que en aquel momento solo tenía ganas de cogerme y alejarme de todo aquel desastre.

Durante buena parte del entierro, tuve la certeza de que me había ido con mi padre, que yo no estaba allí y que también me lloraban a mí. Mi cuerpo estaba de pie junto a aquella lápida, pero sentía que mi corazón también había sido mortal y cruelmente asesinado.

Mi madre recorrió mis hombros hasta el cuello con sus dedos. Creo que necesitaba sentir que estaba allí con ella, que no la había abandonado, que, a pesar del dolor, vivía. Me giré levemente para mirarla y, en ese momento, no lo entendí, pero años después supe que había visto en ella el rostro de la guerra. Noté el frío que envolvía su cuerpo y la luz que faltaba en sus ojos. Recuerdo que tuve un enorme miedo de que la luz que ella siempre había desprendido, también se hubiera apagado para siempre.

«Para siempre», qué expresión tan extraña, hasta el día anterior muchas cosas parecían serlo.

Cuando el entierro acabó y las pocas personas que habían acudido se habían marchado, mi madre y yo aún seguíamos allí. Observando la lápida como si en ella hubiera escondido algún misterioso secreto que ayudara a devolver a mi padre a la vida.

Pero no, se había marchado y es algo que debíamos aceptar. A pesar de que nadie nos enseña que la muerte es solo un paso más de la vida, aún menos si se produce antes de tiempo.

—Tere, cariño, deberíamos marcharnos —María se puso de cuclillas para situarse a mi altura y me alisó el pelo a modo de caricia—. Papá estará bien, ahora ya nadie podrá hacerle daño.

Escuché sus palabras, pero no podía apartar la mirada de la tumba. En mi cabeza rondaban mil preguntas y no alcanzaba a entender qué hacía mi padre allí dentro, por qué no salía y me daba un abrazo.

Cerré los ojos y escuché el disparo que acabó con su vida.

Los apreté aún más fuerte y vi su rostro cubierto de sangre diciéndome adiós.

Me alejé de allí. Con los ojos cerrados, mi mente voló bien lejos y acabó donde no quería ir: a ese preciso instante en que sucedió todo, al fatídico momento. Me vi a mí misma caminando por la plaza del pueblo cogida de la mano junto a mi padre, escuchando una palabra que en ese momento no tenía ningún sentido: redada. Noté de nuevo a mi padre apretando mi mano con fuerza y arrastrándome corriendo hacia un cobertizo situado a las afueras. Visualicé el enorme tractor debajo del cual nos escondimos y volvió a resonar la palabra «silencio». Lo hizo más en mis entrañas que en los oídos. En mitad de aquel viaje, de aquel sueño, me entraron ganas de vomitar.

Escuché el portazo que abrió el granero y sentí la mano de mi padre en mi boca para impedirme producir ningún ruido. Segundos después se empezaron a escuchar los pasos de la persona que había entrado, dando vueltas alrededor del tractor. Mi cuerpo temblaba con violencia y noté, sobre todo, el picor que subía por mi garganta, los mil pinchazos cual abejas danzando, el aire que dejó de entrar en mi cuerpo.

Por último, la pequeña tos que acabó delatándonos.

—Salid, ahora mismo —el hombre pronunció cada una de las letras tan despacio que parecía que se relamía del gusto.

Salimos como pudimos de debajo del tractor y nos situamos enfrente de él. No imaginaba quién podía ser cuando escuché que había alguien, pero lo último que esperaba era un hombre vestido de traje, arreglado como si fuese a la más lujosa de las fiestas.

—Vaya, eres tú —dijo el hombre. Llevaba un cigarro casi apagado en la boca y sonrió malévolamente—. Vas a dejar de gritar esas estúpidas consignas comunistas.

—A ella no, por favor, a ella no le hagas daño —a mi padre le temblaba la voz como nunca se la había escuchado y apenas podía susurrar. Me puso detrás de él, intentando protegerme.

Fueron las últimas palabras que pronunció antes de recibir la bala en el cerebro.

Sentí cómo mi padre se despegaba de mí y caía al suelo, dejándome desprotegida, completamente desnuda ante aquel tipo. Miré el cuerpo inmóvil de mi héroe y creí que cada una de las partes de mi piel se congelaba. Me había quedado petrificada, como si de pronto me hubiesen iluminado con un foco en la cara y fuese incapaz de ver ni hacer nada. Había perdido todas las fuerzas que tenía y no podía reaccionar.

Segundos más tarde, aun sin aliento y con mi mente totalmente alejada de aquel granero, alcé los ojos y miré al tipo que había disparado a mi padre. Este me apuntaba con la pistola, pero en lo que más me fijé fue en que temblaba levemente. Parecía que se había paralizado por momentos, pero lo hacía de forma tan sutil que solo alguien que tiene una mirada capaz de fijarse en los pequeños detalles, una mirada como la mía, podía darse cuenta.

Escuché al hombre tragar saliva y ambos nos miramos con cara de terror. Yo por lo que pensaba que iba a pasar, él por lo que no quería que pasara. Lo entendí años después. Aquel tipo, por lo que sea, no quería dispararme, y no atisbo a saber todos los pensamientos que cruzaron su mente en ese espacio de tiempo. Poco a poco, bajó la pistola y con una mezcla de impotencia y ese mismo miedo, se marchó, dejándome con el terror en la garganta y la pérdida en la punta de los dedos, que temblaron hasta que me agaché para abrazar a mi padre.

Me encontraron así horas después: agarrada a él, como si tuviera la certeza de que aún seguía vivo. Necesitaba pensarlo, necesitaba creer que no lo había perdido y

solo dormía o me gastaba una broma pesada. A veces, aún resuena en mi mente el grito desgarrador de mi madre cuando vio la escena. Lo escuché en el corazón y abrí los ojos. Ella corría hacia nosotros con el llanto en la mirada, nuestros nombres en los labios y la vida en ninguna parte.

Lo primero que hizo fue abrazarme. Creo que ahí empecé a darme cuenta de lo que había pasado. Creo que fue entonces cuando desperté del ensueño en el que había pasado todas esas horas y supe que el hombre de mi vida se había marchado para siempre.

Luego, se echó a los brazos de mi padre y lo agitó con violencia como si no entendiera lo que había pasado. Yo contemplaba la escena de pie, a su lado, completamente paralizada a pesar de que tenía unas ganas terribles de gritar y llorar. Necesitaba chillar a todo el mundo quién había sido el hombre que le había hecho eso.

Podría jurar que en el tiempo entre el cual mi padre murió y volví a su lado, me quedé sin alma. No sabría describir dicho sentimiento, pero me sentía tan vacía por dentro que estoy segura de que se me debió escapar por algún lado. Tenía tanto frío que no sentía nada.

Algunos vecinos del pueblo entraron en el granero e intentaron separar a mi madre de mi padre, lo cual les costó horrores, pues ella lo agarraba fuertemente, quizá pensando que, en el momento en el que lo soltara, moriría de verdad. Cuando lo consiguieron, alguien me cogió de la mano y me llevó a casa. Nunca supe quién lo hizo, no le vi la cara. Mis ojos estaban en el suelo y en el recuerdo. Todos los momentos vividos con mi padre se agolpaban e intentaban aflorar a la vez, me saturaban las imágenes y su voz, me golpeaban el cerebro y no era capaz de resistir las embestidas.

Volé de nuevo al cementerio. El eco de la voz de mi madre resonaba en mi mente, pero no entendía qué me decía. Ella volvió a repetirlo:

—Tere, por favor —mi madre hablaba como a intervalos, entre un ahogo y otro—. Vendremos cada día a visitar a papá, no estará solo. Pero es tarde, debemos marcharnos.

No me moví ni un milímetro. Mi madre me cogió de la mano e intentó tirar de mí, pero yo me mantuve en el sitio con todas mis fuerzas. No quería marcharme, no

entendía por qué debía hacerlo, por qué debía dejar a mi padre en aquel horrible sitio. Sobre todo, no entendía por qué no se venía con nosotras.

Minutos después perdí todas las fuerzas y me dejé arrastrar. Recorrimos las calles vacías bajo unas nubes tan negras que parecían querer llorar también nuestra pérdida. No tardaron mucho en hacerlo. Justo cuando entramos a casa empezó a llover como lo está haciendo ahora.

Esa lluvia en un día como hoy ha sucedido muchas veces. Siempre he pensado que es la Muerte poniéndose sus mejores galas, saliendo de su guarida con más ganas que nunca, cargada de motivos.

Hoy sus motivos sois vosotros. Aquel día lo era yo.

Mi madre me soltó la mano y yo me fui lenta hacia mi habitación. Se había ido la luz y en la casa parecían habitar en aquel instante todos los fantasmas que nos rondaban. Recuerdo que el silencio era tan grande que me asustaba, porque las voces de mi cabeza, aquellas que me pedían «silencio», se oían con más claridad que nunca, y tenía miedo.

Me tumbé en la cama y me quedé mirando techo durante horas. No sé lo que veía, aparecían imágenes de mi padre en momentos cotidianos de mi vida, a veces solo, a veces junto a mi madre o conmigo, también de los tres juntos. Alzaba la mano para intentar tocar las imágenes y se desvanecían para recordarme que no eran reales. Seguía teniendo unas ganas de llorar enormes, pero no me quedaban ni fuerzas ni lágrimas. Se las había llevado aquel hombre, se las había llevado mi padre.

Me alejé tanto de aquella habitación que perdí la noción del tiempo y ni siquiera me di cuenta de que mi madre había pasado un par de veces por la puerta para preguntarme cómo estaba. Meses más tarde me confesó que había sentido miedo por mí, por si hubiese sido capaz de hacer alguna tontería. Le pedí perdón con un abrazo.

Me alejé tanto que apenas me di cuenta que la puerta se había cerrado y que había alguien allí conmigo.

Eran las doce. La noche de muertos había empezado.

Al contrario de lo que creerás, empecé a sentir un extraño calor a mi alrededor. No quemaba, me abrazaba y electrizaba cada rincón de mi piel. Sentía una especie de

luz cruzar todo mi cuerpo, desde la punta de los dedos de los pies hasta el último cabello. Tuve una rara sensación en el pecho, no había sentido nunca aquel calor, pero al mismo tiempo me era familiar.

Por primera vez en dos días logré sentir algo parecido a la paz.

Cerré los ojos para disfrutar aquella calma y me abracé a mí misma para sentir con las manos aquel calor que desprendía. Creo que incluso sonreí. En mitad de esa tormenta que caía de los cielos y de mí misma, mi casa se había convertido en una fortaleza inexpugnable, un refugio en el que podía guarecerme para olvidar mi dolor.

Instantes después abrí los ojos y la vi allí, sentada a los pies de la cama.

Su imagen me golpeó en forma de *dejavú*, una vieja amiga que ni siquiera recordaba que me hubiera visitado nunca.

Era tan grande que casi rozaba el techo con su cabeza, tan oscura que apenas la podía distinguir. Era una mera sombra, pero estaba convencida de que si alargaba la punta de mis dedos la podría tocar. Estaba de espaldas a mí y solo podía atisbar la capa que la cubría, que parecía ser transparente, pero estaba allí. Habría podido tener miedo, supongo que cualquiera lo hubiera hecho, pero desde el primer momento sentí que era ella quien desprendía la luz que me recorría, que a pesar de la oscuridad que la envolvía, era ella quien me calmaba.

La escuché suspirar y, aunque estaba tranquila, mi corazón empezó a latir más rápido.

Entonces, por primera vez en mi vida, escuché la voz de la Muerte:

— ¿Cómo estás? —era como un eco que no parecía salir de ella, sino que resonaba directamente en mis oídos, en mi cabeza. Tenía algo de tétrico y espectral, pero, a la vez, inspiraba una paz cegadora.

—No lo sé —me sorprendí a mí misma respondiendo, rompiendo el silencio que me había pedido mi padre. Tenía los labios y la garganta secos, supongo que necesitaba aire.

—Te entiendo —dijo. No atisbaba a conocer el por qué, pero sabía que era cierto, que la Muerte comprendía la montaña rusa emocional que vivía por dentro. Se levantó de la cama y anduvo hasta la silla que había al lado. Bueno, no anduvo, se

deslizó encorvada como si tuviera cientos de kilos en su espalda, tan lenta que creía que no alcanzaría el asiento jamás.

Cuando lo hizo, posé mis ojos en su rostro, concretamente en la falta de él. Estaba y no estaba, era como humo que a veces formaba una mirada y luego unos labios. Luego se desvanecía y solo quedaba oscuridad, tan profunda que parecían caber en ella todos los misterios del universo. Seguía impresionándome lo grande que era y, a pesar de no sentir miedo, me encogí un poco sobre mí misma.

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos, con todas las comillas del mundo. Acabé hablando porque necesitaba saber.

—¿Qué haces aquí? ¿Estoy...? —dije con un susurro, tenía miedo de que mi madre entrara de repente y nos descubriera.

—No, no he venido para llevarte conmigo. —Yo suspiré de alivio. Había perdido a mi padre y no quería también alejarme de mi madre para siempre.

No sabía realmente qué decir. Solo tenía ocho años, había cosas que no entendía. Tenía todas las preguntas del mundo, pero no conseguía pronunciar ninguna, solo balbuceaba. Ella se adelantó:

—Tu padre está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Está conmigo.

Sentí algo en el pecho que no sabría describir. Creo que la luz que había acumulado hasta ese momento estaba saliendo a través de él. Creo que lo que sentía era esperanza. Me incorporé y busqué con la mirada en cada rincón de la habitación, como si esperara ver el rostro de mi padre en alguna parte. Incluso tuve el valor de alargar la mano e intentar rebuscar debajo de la capa que cubría a la Muerte por si lo tenía allí escondido. Solo conseguí atravesarla como si fuera una mera ilusión creada por mi imaginación.

—No está aquí.

—Entonces no está contigo. —Me crucé de brazos indignada. Me sentía engañada y, en aquel instante, cayeron por mi rostro las primeras lágrimas desde que

había sucedido todo. Años después pensé que, quizá, eso era lo que realmente quería la Muerte, conseguir que me vaciara.

—No está aquí, pero sí está conmigo, en otra parte. —Alargó su mano y rozó con sus dedos mis lágrimas. Era extraño, porque tampoco sus manos eran como las nuestras. Eran como su rostro, humo o una fina lluvia que iba y venía.

Pero estaban allí. Y eran tan cálidas que abrazaban sin hacerlo.

— ¿Puedo ir con él?

«Silencio». Se me hizo tan largo que creía que no iba a acabar nunca. Mi corazón latía tan rápido que me dolía por momentos.

—Sí —respondió simplemente. Noté cómo los ojos se abrían y se me hacían enormes.

— ¿Puede venir mamá?

—No —dijo con un respiro, como si lo lamentara—. Tu madre no tiene esperanza.

Agaché la cabeza sin comprender. Solo lo hice años después, cuando entendí que los muertos solo se aparecen ante aquellos que aún creen que siguen vivos, no físicamente, sino en el corazón. Mi madre siempre había sido muy práctica en ese aspecto. Los que se habían marchado no podían volver, me lo dijo muchas veces.

—Pues yo quiero ir —lo dije como si fuera evidente. Quería ver a mi padre, aunque lo hiciera sin mi madre. Por nada del mundo iba a perderme esa oportunidad.

La Muerte asintió levemente, o eso creí. Se levantó de la silla y extendió los brazos. Su capa se deslizaba por todas las paredes cual enredadera buscando la luz del sol.

—Tu padre no puede encontrarte allí donde ya haya vida, pero sí donde resida parte de tu alma.

Un instante después, la Muerte ya no estaba. No es que hubiera desaparecido de repente, sino que se había fundido con la oscuridad que poblaba mi habitación. Por unos segundos quedó flotando en el aire la neblina que había formado su rostro y sus manos.

Supe que se había marchado del todo porque ya no sentía el calor que me había abrigado hasta ese momento.

No entendía nada de sus últimas palabras, qué debía hacer o a dónde debía ir. Por un momento me quedé observando la negrura que me envolvía como si pudiera encontrar en ella todas las respuestas. Pero tampoco tenía las preguntas exactas. Me tumbé en posición fetal, abrazándome a mí misma, y seguí llorando todas aquellas lágrimas que había conseguido recuperar desde que la Muerte me había visitado.

Y en mitad de aquel llanto lo supe.

Sentí cerca de mí el mismo calor que me había impregnado con su visita. Miré a mi derecha, había dejado hacía unas horas a Lolo tumbada boca arriba para hacerme compañía en mi soledad. En ese instante me miraba con su misma sonrisa de siempre, pero había en él algo distinto. Tenía la sensación de que en cualquier instante podía mover cada una de sus extremidades, ponerse de pie como cualquier ser humano, incluso darme un abrazo.

No sucedió nada. Lolo no se movió y eso me entristeció por momentos. Creía que había dado con la clave, que mi padre estaba allí dentro, que se había reencarnado en mi oso de peluche y la Muerte nos había dado una segunda oportunidad. Me levanté cabreada de la cama y me puse a andar por la habitación, restregándome la cara con las manos, sin entender qué debía hacer.

Pero el calor seguía allí. Salté a la cama, me arrastré lentamente hasta colocar mi mirada encima de la de Lolo y nos quedamos observándonos como lo habíamos hecho mi padre y yo tantas otras veces. Cuando me pedía cansado una pausa en mitad de nuestros juegos, cuando se ponía a mi altura y me daba algún consejo, cuando me regañaba para, posteriormente, darme un abrazo.

Cuando me pidió «silencio», cuando lo siguió haciendo con su mirada.

En los ojos de mi osito estaba mi padre. Cerré los míos tan fuerte que incluso me hacía daño, alargué mis dedos hasta rozar con ellos las manos de Lolo. Y entonces sentí que flotaba.

Tuve miedo de abrirlos. Me sentía en ninguna parte, temía hacerlo y darme cuenta de que caía por algún precipicio, que el lugar donde estaba fuera tan oscuro que ni me viera a mí misma.

Tuve miedo incluso de haber muerto, a pesar de que no tenía ni idea de cómo era morir.

Pero no tardé en darme cuenta de que las manos de Lolo se habían convertido en las de mi padre, que me agarraban con fuerza como si tuviera miedo de que, al soltarme, fuéramos a separarnos para siempre.

De pronto noté arena en los dedos de los pies y entendí que había llegado a alguna parte.

—Abre los ojos, estoy aquí, no tengas miedo —la voz de mi padre sonaba en mi mente como lo había hecho la de la Muerte. La sentí más en la piel que en mis oídos, y noté cómo cada uno de mis pelos se erizaba.

Negué con la cabeza con rapidez, apretando más los ojos. Aún tenía miedo, a pesar de que sentía la presencia de mi padre, aunque sabía que era él de verdad. Me soltó una de las manos y noté sus dedos en mi barbilla, luego en la mejilla. Me acariciaba la cara y yo sentí su calidez más que nunca. Entonces, poco a poco, fui abriendo los ojos.

Mi padre me miraba con una sonrisa infinita y toda la bondad del mundo en su rostro. Nos dimos un abrazo que no quise que acabara nunca y le pedí perdón casi en silencio, con la voz ahogada y el susto en el cuerpo. La última vez que había roto ese «silencio» estando con él, había servido para que lo mataran. Descubrí que no había necesitado mover los labios para decírselo. Tiempo después entendí que para hablar con él solo necesitaba el corazón.

— ¿Perdón por qué, tonta? —mi padre rio y rozó con la punta de sus dedos las lágrimas que empezaban a caer por mi rostro.

—Por mi culpa estás...

En mitad de aquel abrazo, nos miramos a los ojos y mi padre negó con la cabeza. Por primera vez, le vi triste. Años más tarde, en otro encuentro, me contó que no estaba triste, solo resignado, lo cual muchas veces es aún peor.

—El único que tiene la culpa de todo es el hombre malo que disparó con la pistola. Esto no debería haber pasado, ¿lo entiendes?

Asentí a pesar de que no lo acababa de entender del todo. Seguía sintiéndome culpable y ese sentimiento tardaría muchos años en marcharse.

Nos separamos y di un vistazo a mi alrededor. Estábamos en una playa. La marea iba y venía de manera tan suave que era hipnótico, la espuma se quedaba impregnada en la arena y desaparecía al instante. Había tanta calma que el horizonte parecía estar a millones de kilómetros de distancia.

—Cuando era tan pequeño como tú, la abuela me traía aquí y paseábamos toda la tarde. —Miraba a todas partes con ojos brillantes y, supongo que, con nostalgia en el corazón. No nos soltamos las manos en ningún momento—. Me contaba las historias que yo te he contado a ti. A mí me encantaban y le pedía siempre más. Ella reía y seguía hablando sin cesar.

Me levanté e intenté tirar de él. En aquel momento no quería escuchar sus historias, quería llevármelo de allí.

—Vámonos, papá. No quiero estar aquí, quiero que estemos en casa.

Mi padre me miró con tristeza y no se movió ni un milímetro. Poco a poco me fui sentando de nuevo, un tanto resignada.

—Teresa, no puedo, debes entender que ahora mi lugar está aquí.

Pero yo no lo entendía y lo agarré con más fuerza, tenía miedo de que desapareciera en cualquier instante. Su lugar estaba conmigo y con mamá, no en aquella playa que ni sabía dónde estaba. Pensé que no quería venir con nosotras.

—Pero papá, ¿por qué no vienes? Tenemos que buscar una manera de salir de aquí. La señora vestida de negro sabrá que hacer, creo que ella me ha traído aquí.

Mi padre se acercó aún más a mí y me cogió por los hombros, mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, hija, ha sido ella. Pero tú solo estás de visita, yo me tengo que quedar.

Me desembaracé de él y me crucé de brazos, enfadada. Posé mis ojos en la arena para no tenerlo que mirar, lo odiaba tanto que, por un momento, estúpida yo, quise marcharme de allí. Escuché la voz de mi padre tan cerca que pensé que estaba dentro de mí.

—Teresa, estoy muerto. La gente que muere no puede volver al mundo de los vivos, eso es algo de lo que debes ser consciente. Pero podemos aprovechar este momento. Y, mientras no me olvides, podremos vivir muchos instantes más como este. Estoy muerto, pero no me he ido para siempre.

Lo miré de reojo. La cara de mi padre reflejaba la melancolía de quien desea muchas cosas y no puede hacer ninguna. Lo entendía todo, era pequeña, no tonta. Pero me había hecho ilusiones, por un momento había creído que todo aquello no era más que un sueño del que simplemente tenía que despertar para escapar. Quería hacerlo con él, quería que huyéramos de allí y que todo volviera a la normalidad. Era plenamente consciente de que mi padre había muerto, pero me dominaba la pequeña parte de mí que me decía que aquello no podía ser verdad.

Asentí levemente, casi sin querer. Mi padre tiró de mí hacia él y nos volvimos a abrazar.

Entonces iniciamos el viaje, el primero de tantos.

Una ola gigante surgió de la nada y dejó todo el espacio en negro. Un abismo infinito en el que solo pude cerrar los ojos y abrazar fuerte a mi padre para que, fuese a donde fuese, no se separase nunca de mí.

Noté al instante cómo mi ropa desaparecía y mis extremidades se hacían pequeñas por momentos, como si hubiese encogido. Era un bebé, viajé atrás en el tiempo y me vi con meses de vida. Noté cómo me mecían y abrí los ojos. Mi padre me miraba con un rostro lleno de dulzura, como si tuviera delante al ser más bello creado jamás, supongo que para él era así.

Quise decir «papá», pero por mi boca solo salió un balbuceo que no entendí ni yo misma. Mi padre se carcajeó y se puso a hacerme pedorretas, primero en el ombligo y luego en la cara. Yo me reía y extendía mis manos pidiendo más. Él accedía a mis deseos y lo repetía, al mismo tiempo que me hacía volar en sus brazos. Luego me llevó a su pecho y yo me dormí al instante, como si hubiese pasado horas y horas jugando y estuviera reventada del cansancio. No lo estaba, pero mi padre me calmaba.

Sentí que el pecho de mi padre desaparecía como humo, el mismo que había visto en los ojos de la Muerte, y yo caía en esa oscuridad que me rodeaba, sin él. Iba a

una velocidad endiablo y me tapé la cara con las manos, esperando el impacto contra el suelo que pensé que llegaría.

Entonces noté algo mullido a mis espaldas. Miré atrás y seguía habiendo nada, la más absoluta, pero yo lo sentía. Era como si hubiese caído en un montón de paja o en una cama, me abrazaba y me sentía cómoda. Cerré los ojos para relajarme y, aun así, noté la intensidad de un rayo de luz creciendo lentamente. Lo sentía en los párpados, como si quisiera perforarlos y cegarme. Los abrí a pesar de todo y me di cuenta de que estaba mirando directamente al sol. Me daba tan fuerte que solo veía blancos a mí alrededor, sin forma alguna. Poco a poco todo se fue definiendo, pero lo hacía como si fuese pintado con acuarelas, dibujado a grandes trazos que formaban el corral que había en la parte trasera de mi casa.

Lloré. Lo hice porque notaba un fuerte dolor en la rodilla. La miré, observé el chorro de sangre que surgía de ella y me asusté aún más, un miedo ancestral que me impedía ver que, en realidad, la herida no era para tanto. Pero con cuatro años cualquier cosa parece enorme y que puede acabar contigo.

Lloraba mucho, pero no me escuchaba, como si el sonido se apagase justo al cruzar mis labios. A lo lejos, mi padre se acercaba con cautela, pero con una enorme sonrisa. Iba medio encogido, casi de puntillas y con una mano oculta en su espalda. Tenía pinta de querer asustarme, pero yo ya lo había visto. Intensifiqué más mi llanto.

Mi padre se agachó del todo, me examinó la herida y rozó mi barbilla con los dedos, pensativo, pero tranquilo. Entonces descubrió la mano que tenía oculta y mostró lo que llevaba consigo: el osito de peluche más bonito que había visto nunca. Dejé de llorar al instante y me quedé mirándolo, pedía a gritos que lo abrazara y pusiera en mi pecho. Miré a mi padre y al osito alternativamente. Con los ojos le pedí permiso para cogerlo, sin acabar de entender que era un regalo para mí. Él asintió, sonriendo, y estiré mis dedos hasta tocar su mullido cuerpo de algodón.

Escuché el nombre de Lolo sin saber de dónde provenía aquella voz, y los tres nos abrazamos, dejando en el olvido mis llantos y mi herida.

Noté que mi padre se desvanecía y se convertía en viento, que se despegaba de mi lado. Los trazos que habían formado el corral se borraban a una velocidad endiablada, como si alguien los pintara de negro. Me quedé flotando de nuevo, esta vez

con la compañía de Lolo. A pesar de ello, volví a sentirme en el vacío y cerré los ojos, miedosa, temerosa de estamparme contra algo.

Pero no lo hice. Noté que caía sobre algodón y estiré brazos y piernas como si hubiera dormido horas y necesitara despejarme. Abrí los ojos y la oscuridad que me envolvía se iba convirtiendo en una de las calles de mi pueblo. Lo hacía lento, como si alguien la dibujara, esta vez con lápices de colores. Parpadeé y me di cuenta de que aquel algodón en el cual pensaba que había caído no era más que las manos de mi padre.

Nos miramos a los ojos y me di cuenta de que era enorme. Supongo que es así como vemos a nuestros padres cuando somos pequeños: gigantes invencibles que podrían parar un tren si hiciera falta. Luego, cuando crecemos, nos damos cuenta de que siguen siendo gigantes, pero no invencibles.

Mi padre me dejó suavemente sobre una bici recién dibujada en aquel escenario, al mismo tiempo que me hacía algo más grande de repente y sus manos, su cuerpo entero, volvían a la normalidad, situándose detrás de mí. Noté que Lolo se había desprendido de mis manos y respiré aliviada cuando lo vi en la pequeña cesta que había en el manillar. Intenté pedalear y me di cuenta de que había olvidado cómo hacerlo, él me intentaba ayudar dándome pequeños empujones y, poco a poco, le pillaba el truco y avanzaba más y más por mí misma. Escuchaba en mi cabeza a mi padre reír y animarme. A veces me giraba para verle la cara y encontraba orgullo e incluso admiración, como si hubiese hecho una gran gesta y quisiese contárselo a todo el mundo.

De pronto sentí cómo la bicicleta se empezaba a elevar del suelo y volaba. Lo hacía en mitad de aquellas calles por las que tantas veces había jugado, pero no tenía miedo. Mi padre volaba también, o flotaba, tal vez, como una pompa de jabón que se va escapando lentamente.

Entonces la bici se convirtió en arena y se fue confundiendo poco a poco con el aire, también aquellas líneas dibujadas a lápiz, las que delimitaban las casas y las calles. Todo se fue oscureciendo hasta convertirse en negro absoluto y solo quedamos mi padre y yo flotando en ese abismo. Sentía que caíamos, pero, a la vez, seguíamos en el mismo sitio.

En medio de aquella oscuridad vi una cama a lo lejos, iluminada por un halo de luz que no tenía ni idea de por dónde salía. Me acerqué lentamente a ella hasta que, finalmente, me tumbé encima sintiendo que mis huesos se iban a romper en cualquier instante, como si mi cuerpo hubiese perdido todas las fuerzas de repente. Me costaba incluso respirar y luchaba para que mis párpados no se cerrasen del todo.

Mi padre había caído a mi lado, estaba de pie con una mano en mi frente y otra en su pecho. Yo misma sentía que le dolía, sentía su dolor a pesar de que mi mente parecía estar más en otra parte, lejos de allí, a punto de abandonarlo. Su rostro reflejaba una tristeza que yo no recordaba y entendí que yo no había visto esa escena con mis ojos, sino con mi alma, por eso quizá la había olvidado o mi cabeza no la había guardado.

Entonces puso su cabeza sobre mi pecho y sentí cómo las lágrimas recorrían su rostro. Hablaba, pero yo no lo escuchaba, gritaba, pero su voz se quedaba ahogada en el aire. Yo sentía una necesidad imperiosa de levantarme y abrazarlo, decirle que todo iba a salir bien, que no llorara, que me dolía verlo así. Pero no podía, intentaba moverme y protestaba cada centímetro de mi cuerpo, intentaba hablar, pero mis labios apenas emitían algún sonido. Moría.

Cerré los ojos y, al instante siguiente, al abrirlos, mi padre había desaparecido y la vi a ella, a la Muerte, sentada al pie de la cama. Se giró levemente y vi que no tenía rostro. Mi primera reacción fue taparme rápidamente con las mantas, como si fueran una muralla infranqueable que ni la mismísima Muerte pudiera cruzar. Volví a cerrar los ojos tanto que me dolía apretarlos, luego sentí como si una fina lluvia me rozara la cara: eran los dedos de la Muerte, que se había metido bajo mis sábanas, intentando consolarme.

Abrí de nuevo los ojos y, por primera vez, me encontré con los suyos, ese humo que iba y volvía, que estaba y no estaba. Tenía un miedo enorme, pero a la vez sentía una paz que nunca había experimentado. Estuvimos un buen rato así, en silencio, con la mirada conectada como si estuviésemos hablando a través de ella. Sentí que ya no eran las sábanas las que nos cubrían, sino su propia capa, que me protegía y creí de verdad que era un muro inexpugnable de todos los males.

Sobre todo, de aquella enfermedad que sufría.

Años después lo supe, entendí que la Muerte me había protegido de sí misma, me había salvado. Demasiado irónico para creerlo, pero así fue.

Alargó de nuevo sus manos echas de humo, o de lluvia, o de niebla y sus dedos se quedaron a milímetros de mi pecho, del corazón. Entonces agachó la cabeza, o lo que yo creía que era su cabeza, y negó lentamente, retirando poco a poco su mano.

Al instante siguiente solo había oscuridad y mi padre a mi lado, llorando intensamente.

Sentí que todas las fuerzas que, hasta ese momento, pensé que había perdido, entraban en mí como luz por la ventana un día de verano. Recobré la energía y mi padre alzó la mirada levemente para observarme, se quedó un momento congelado y, segundos después, se lanzó hacia mí para abrazarme.

No sé cuánto pudo durar ese abrazo, solo recuerdo que, cuando me quise dar cuenta, estaba de nuevo en mi habitación. En la realidad, sola, sin mi padre. Observé por la ventana que el sol empezaba a despertarse y a lanzarnos sus buenos días.

Miré a Lolo, que permanecía con su habitual sonrisa y rocé su cuerpo con la punta de los dedos, casi con miedo.

No sucedió nada, y supe que, la noche de los muertos había terminado.

Capítulo 3: Redención

Ramón se removió en el sofá y se restregó la cara con las manos. Luego miró al vacío, aun decidiendo si debía o no creer aquella historia. Jamás había escuchado a su abuela mentir y había visto tanta verdad en ella, en sus ojos, mientras contaba el suceso, que se le había erizado la piel. Pero le costaba un mundo asimilar el hecho de que la Muerte existiera, de que le hubiera perdonado la vida a su abuela, que gracias a ella hubiera podido ver a su padre muerto. Era todo tan rocambolesco que tuvo que levantarse y ponerse a andar para asimilarlo todo.

—No crees que sea cierto, ¿verdad? —Teresa se reía y ni ella misma sabía si era por lástima o por ver a su nieto así de nervioso. Ramón se rascaba en todas partes.

—No lo sé, abuela, ¿lo es? —Se sentó de nuevo y apoyó su cabeza sobre sus manos—. Parece más un cuento de Navidad que algo que haya sucedido.

—Yo sí te creo, abuela —Marta habló desde el umbral de la puerta. Estaba sentada con la cabeza metida entre las piernas para que nadie viera que había estado llorando. Ya la habían visto demasiadas veces así últimamente y cada vez le gustaba menos.

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó Ramón con extrañeza.

—Casi desde que he empezado a contar la historia, ¿verdad, cariño? —Teresa la miraba con una ternura enorme y Marta asintió levemente con la cabeza. Luego se levantó, se fue casi corriendo hacia ella y se tiró a su pecho como si fuera una niña que necesita consuelo o a la que acaban de regañar.

—Perdón abuela, no debería haberte gritado. —Marta había roto a llorar a pesar de no quererlo. Sentía toda la presión encima: la de haberle alzado la voz a su abuela, la de haber huido de sus propios problemas y, sobre todo, la de la muerte de su padre. Aquel maldito accidente en el cual había perdido la vida y del que ella se sentía culpable.

Allí, mientras abrazaba a su abuela, volvieron a venirle los flashes que se repetían constantemente en su cabeza.

Ella y su padre discutiendo en el coche por una tontería tan grande que ni se acuerda. Él quitando la vista constantemente de la carretera para mirarla a ella, que llora

de rabia mientras grita cosas al azar que ni siquiera siente, que solo intentan herir. Un gato que cruza la carretera y un grito: «¡Papá!», que resuena en todo el coche y que será la última palabra que le dirija. Su padre siendo incapaz de reaccionar a tiempo y pegando el volantazo incorrecto hacia el arcén, hacia la valla protectora, hacia el vacío. El par de vueltas de campana y, por último, el silencio.

Marta volvió a escuchar el silencio más aterrador que se puede escuchar nunca: el de una vida que se acaba de marchar de tu lado. Le golpeó tanto que volvió a llorar todas las lágrimas que se había tragado esas semanas. Teresa no pudo hacer más que acariciarle el cabello y dejar que se vaciara, pues la mayoría de las veces, las lágrimas son la mejor medicina.

—Quiero verlo, abuela —dijo aun entre llantos—. ¿Qué tenemos que hacer?

—No podéis hacer nada —contestó triste. Ojalá hubiera realmente algún botón que hiciera posible los encuentros, así, sin más, sin requisitos—. La Muerte debe ver en vosotros que tenéis esperanza, y eso es algo que se tiene o no, no os podéis obligar a sentirla, no podéis mentir a la Muerte.

Marta se desembarazó de su abuela y tanto ella como Ramón se sentaron en el sofá.

—Tenemos que esperar —Teresa miró el reloj y se levantó del sofá—. Solo quedan unos minutos para que empiece.

Se marchó y volvió unos segundos después con un oso de peluche que había conocido mejores épocas. A pesar de que parecía estar intacto, había perdido todo el color y hasta su sonrisa parecía haber perdido la alegría. A Teresa no le preocupaba este hecho, sabía que el color perdido estaba en ella y en su familia en forma de luz. Marta y Ramón sonrieron al reconocer a Lolo y la abuela se sentó a esperar con ellos.

—Tengo miedo. Me da miedo la Muerte —admitió Ramón, que se había sentado cogiéndose por las rodillas.

—A mí me dan más miedo los vivos —sentenció Teresa—. Esos son los que matan de verdad.

Marta cerró los ojos e intentó alejarse de allí. Necesitaba un poco de silencio para calmarse, temblaba levemente y la mataba la incertidumbre de no saber qué iba a

pasar. Momentos después, aun no habiendo recobrado la paz, volvió a abrirlos y se dio cuenta de que la oscuridad que les envolvía era aún más negra si cabe, tan negra que cegaba. Posó los ojos en su abuela y vio que estaba durmiendo.

Al instante se dio cuenta de que no dormía, sino que se había marchado bien lejos de allí, al encuentro con sus padres.

Los dos hermanos se miraron con todas las incertezas del mundo en sus ojos. Marta notó el miedo en las pupilas de Ramón y lo envolvió con sus brazos para protegerlo, a pesar de que ella sentía el mismo temor y poco podía hacer. Los dos temblaron como si supieran que había un monstruo acechándoles, pero era más por las dudas y la incertidumbre, el no saber. No tenían ni idea de lo que iba a pasar por muy visual que lo hubiera contado su abuela. La Muerte era la Muerte, por mucho calor que expirara, por mucho que sus manos abrazaran.

Ni siquiera sabían si iba a aparecer. Los dos creían tener esperanza, pero a veces hay mucha diferencia entre lo que uno cree sentir y lo que siente de verdad. Su abuela se había marchado ya, ¿cuánto esperaba la Muerte a mostrarse ante ellos?

Los minutos parecieron convertirse en horas y la tristeza empezaba a adueñarse de ellos cuando, de repente, notaron ese calor del que les había hablado su abuela. Se sintieron extrañamente bien, como si algo hubiese anestesiado de pronto sus nervios y les hubiera dicho que todo iba a salir bien. Notaban electricidad moverse por cada uno de los poros de su piel y el abrazo de alguien invisible. De pronto, esa oscuridad en la que apenas podían verse a ellos mismos se estaba moviendo.

La Muerte se les acercaba lenta e inexpugnable, cansada, como si estuviera harta de su trabajo y aquello le resultara un suplicio. Ellos se hundieron poco a poco en el sofá. Sentían paz y a la vez miedo, temían lo desconocido, el no saber qué iba a pasar.

Se sentó en el sofá y, por momentos, no sabían distinguir qué era sombra y qué era Muerte, como si la oscuridad se la engullese y luego la escupiera lentamente, como si fuese al compás de su propia respiración o su latir. No atisbaban a ver su rostro. Su abuela tenía razón en aquello del humo que iba o venía, pero más que humo era vapor de agua que apenas alcanzaban a ver. A pesar de no saber exactamente dónde estaban sus ojos, sabían que les estaba mirando.

Ambos hermanos dejaron prácticamente de respirar y solo hubo silencio.

— ¿Cómo estáis? —la Muerte habló en su mente con una voz que les acariciaba. Tardaron unos segundos en contestar, aturdidos por el hecho de que se preocupara por ellos. Quien lo hizo fue Ramón, pero no a la pregunta que les había planteado:

— ¿Eres la Muerte?

No contestó, como si no quisiera hablar de ella misma. Tal vez la Muerte no se refiere a ella misma como tal porque morir es solo un concepto propio de los seres vivos.

— ¿Por qué te lo llevaste? —Marta habló con la voz entrecortada, pidiendo explicaciones. Cada día se preguntaba por qué demonios había pasado todo, por qué su padre había tenido que morir. Ahora que tenía a la Muerte delante, necesitaba respuestas.

—Yo no me llevo a nadie, solo les acompaño cuando todo pasa.

Por un momento, Marta dejó de ver a la Muerte como un ser malvado, como alguien que estaba al acecho con su guadaña. Tal vez tenían la percepción equivocada y solo era alguien que mostraba el camino en ese momento en que te sientes perdido, cuando ha acabado todo. Se abrazó a sí misma, volviendo a ser consciente del agradable calor que había en el ambiente, y supo que así era.

— ¿Entonces nos dejarás verlo, nos llevarás hacia él? —Marta seguía hablando con la voz ahogada. Tenía miedo de que la respuesta a esta pregunta fuese negativa, que aquello no estuviera pasando de verdad. Aunque, en realidad, no lo creía.

—Vais a ver a vuestro padre, pero no seré yo quien os lleve —respondió. Cuando hablaba, entreveían más que nunca sus labios, pero no se movían, no necesitaban hacerlo.

— ¿Entonces? Yo quiero ver a papá —Ramón se enfurruñó y se cruzó de brazos tal y como había hecho su abuela años antes.

—Tenéis que encontrarlo vosotros mismos. Vuestra abuela ya os ha contado cómo.

— ¿No podemos esperar a mamá? —A Marta le daba rabia que su madre no pudiera vivir el momento. Hasta dentro de unas horas no terminaría su turno de trabajo

en el hospital. Teresa le había mencionado varias veces que esa noche debía quedarse en casa, que era importante, pero no le había hecho caso.

La Muerte suspiró y se levantó del sofá, colocándose justo delante de ellos. Más que nunca les imponía su presencia, aunque no sintieron ningún miedo. Marta y Ramón empezaron a sentir que la luz que faltaba en la estancia estaba entrando por la punta de sus dedos.

—Vuestra madre estará con vosotros igualmente.

Entonces la Muerte se fue confundiendo con la oscuridad y, finalmente, desapareció, dejando un fino rastro de vapor a su alrededor, como si no quisiera alejarse del todo para poder asegurarse de que los dos hermanos daban los pasos correctos. Aunque, segundos después, ese vapor también se desvaneció y sintieron que el calor se había ido con él.

Silencio. Apenas se escuchaba el respirar de la abuela, que en ese instante mostraba una sonrisa de oreja a oreja, más de niña que de anciana. Marta y Ramón se miraron a los ojos con la misma pregunta en su cabeza: ¿dónde podía estar el alma de su padre?

Se levantaron sin tener ni idea de cómo debían actuar y miraron a todas partes, como si de repente un halo de luz pudiera aparecer delante de ellos y guiarles hasta su padre. Evidentemente, en aquel salón siguió la oscuridad como hasta entonces. Oscuridad y silencio, tan atronador que les asustaba. Era como si el mundo hubiese dejado de girar de repente y todos se hubieran bajado, dejándolos solos a ellos dos. Entonces, Marta tuvo una corazonada, y nunca mejor dicho, porque la sintió más en el corazón que en la razón.

—Ramón, ¿te acuerdas de Villa? —Ramón la miró sin comprender y ella se explicó—. Sí, el *doudou* aquel que, según papá y mamá, siempre llevábamos agarrado cuando éramos pequeños. Una especie de mantita superpequeña con un osito en uno de los extremos.

El niño se quedó mirando al vacío, pensando. Luego dio un pequeño salto y miró ilusionado a su hermana.

— ¡Sí! Mamá siempre decía que no entendía por qué nunca nos despegábamos de él, era una simple manta.

—Quizá ya había en él una parte de ellos, por eso creo que... —Marta no terminó la frase. Miró en dirección al pasillo y luego habló sin siquiera mirar a su hermano—. ¿Lo notas?

Su hermano asentía con los ojos hipnotizados y los dos emprendieron la marcha como si algo o alguien les arrastrase a hacerlo. Se metieron en la más absoluta oscuridad del pasillo y se dirigieron hacia la habitación de sus padres. Sus pies parecían ir solos y en aquel instante se dejaban guiar el corazón. Ambos sabían qué tenían que hacer, pero no sabían por qué.

Entraron en la habitación y miraron a todas partes, a pesar de que no veían nada. La lluvia golpeaba fuertemente contra las ventanas y su respiración se aceleraba al verse próximos al encuentro con su padre. Marta se apresuró a abrir el enorme armario que había frente a la cama y luego el último de los cajones, donde guardaban algunas de las prendas de cuando ellos eran pequeños.

Desordenaron y tiraron al suelo pijamas, camisetas y toallas y, al fin, casi al fondo del cajón, lo vieron. Ambos hermanos se miraron con la certeza de que tenían la misma sensación en el pecho, con el sentimiento de que aquel objeto, aquel *doudou* latía, y lo hacía tan fuerte que casi podían escucharlo con los oídos, no solo con el corazón.

En parte sentían miedo, tal vez de que aquello fuera solo un juego o un sueño, de que todo fuera mentira y nada estuviera pasando. Que su padre no estuviera allí y resignarse, finalmente, perder la esperanza, esa de que la tanto hablaba la Muerte.

— ¿Los dos a la vez? —preguntó Ramón asumiendo que debían aceptar ese miedo.

Marta no lo tenía tan claro. Se iba a enfrentar a su padre, a la culpa, a sus propios demonios, y ni ella misma sabía si estaba preparada. Nadie está preparado para enfrentarse a sus propios errores. Finalmente asintió y le dio la mano a su hermano.

— ¿A la de tres? —dijo ella. Ramón asintió con violencia y los dos alargaron la mano que tenían libre hasta que sus dedos casi rozaban la tela.

Uno. Dos. Tres.

Oscuridad.

No es que la habitación desapareciera, sino que se la tragó la oscuridad como un monstruo que devora ferozmente. Dejaron de sentir el suelo que pisaban y flotaban, no sabían si hacia abajo o hacia dónde, pero lo hacían y ni siquiera se veían a sí mismos. No se soltaron de la mano en ningún momento, tenían miedo de hacerlo y caer aún más al vacío, o de perder al otro y alejarse tanto que fuera imposible volver. Tenían miedo de perderse en aquella oscuridad abismal más propia del espacio exterior y cerraron los ojos porque no querían ver. Preferían permanecer en el desconocimiento a entender que no estaban en ninguna parte.

Y es que, a veces, es mejor saber que estás en el sitio equivocado a darse cuenta de que no estás en ningún lugar.

Y el vacío, esa oscuridad que les rodeaba, era demasiado enorme para aceptarla.

Entonces sintieron que el algodón del *doudou* dejaba de serlo y se convertía en carne y hueso, piel agrietada por el paso del tiempo y el trabajo hecho en el campo. Aquellos dedos que habían aparecido de la nada les acariciaron con suavidad y entonces supieron que, a pesar de encontrarse en el vacío, no debían sentir ningún miedo.

Abrieron los ojos con cautela, pero seguían encontrándose en medio de aquella oscuridad inofensiva e inquietante a la vez. La única diferencia es que ahora a su lado estaba su padre, que les miraba con la sonrisa de quien se reencuentra con alguien a quien ya no creía poder volver a ver.

— ¡Papá! —Ramón se lanzó con un salto a los brazos de su padre y se fundieron en un abrazo que el pequeño deseó que no acabara nunca. Hacía un mes que su padre se había marchado, pero para él había significado toda una eternidad.

Marta, por su parte, se le quedó mirando paralizada, con el dolor a punto de salir por sus lagrimales. Las ganas se reflejaban en su mano, que apretaba con muchísima fuerza la de su padre, como si tuviese miedo de que fuera un mero reflejo que podía marcharse en cualquier momento, un oasis fruto de su deseo e imaginación.

Padre e hijo se separaron, y Toni, se quedó mirando a su hija. En sus ojos no se reflejaba más que el deseo de que ella se echara en sus brazos también.

— ¿Tú no me vas a dar un abrazo? —Escuchó la voz de su padre en su cabeza y, a la vez, hablándole directamente al corazón, sin mover los labios. Al hacerlo, a Marta

le volvieron todos los recuerdos de golpe, como una patada en la nuca que la tiraba al suelo y luego la pisoteaba. No pudo abrazarle, se echó a llorar.

—Lo siento, papá —dijo ella con un hilo de voz. Apenas era capaz de mirarlo, sus ojos casi no pasaban del suelo, no se veía con fuerzas para levantarlos. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que su padre sonreía.

—¿Qué sientes, pequeña?

—Todo fue mi culpa, si no hubieras estado discutiendo conmigo, habrías visto a aquel maldito gato y nada hubiera pasado —Marta hablaba con la voz temblando y mil agujas en el corazón. Le pinchaban y dolían.

—Hija, dos no discuten si uno no quiere —respondió Toni con toda la calma del mundo. Alargó la mano y rozó su barbilla con los dedos—. Estaba nervioso aquel día, no debí ponerme así. Tú no hiciste nada, era yo quien conducía, fui yo quien no prestó atención a la carretera. No tienes culpa de nada.

—¡Pero te distraje! —Marta gritó, más a sí misma que a su padre. Lloró con más intensidad, incapaz de calmarse para escuchar a su padre.

—No lo sabemos. El gato ese se habría cruzado de todas maneras y quizá hubiera estado despistado igual —Toni no sabía realmente cómo calmar a su hija, solo quería abrazarla y no veía el momento. Ella seguía llorando y respirando como si faltara el aire en aquel lugar—. Marta, casi nunca sabemos las consecuencias de nuestros actos, no podemos estar pensando siempre en que si hacemos tal cosa nos llevará a otra, no tendríamos tiempo para vivir.

—Pero yo...

—No, hija, no voy a aceptar que pases toda una vida pensando que fue tu culpa —Toni había perdido la sonrisa y se había puesto serio. Incluso Ramón sintió como si hubiera vuelto a aquellos tiempos en que había hecho una trastada y le reñía—. A veces debemos entender que las cosas pasan sin más, que no tienen explicación. Sucedió y ya está. Lo único que podemos hacer aprovechar este momento, pasar página.

Ante el silencio de su hija, Toni siguió hablando, desplazándose un poco para colocarse a centímetros de su hija:

—Te quiero, Marta, y nada del mundo va a cambiar eso.

La joven no acababa de entenderlo, pero en ese instante sintió que en el pecho le faltaba el aire y se derrumbó, dejándose llevar a los brazos de su padre. Los tres se abrazaron con los ojos cerrados, como deberían ser todos los abrazos. Marta seguía llorando sin remedio, Toni sonrió con tristeza a la vez que un par de lágrimas corrían por su rostro e incluso Ramón rompió a llorar por inercia, por la inevitable tensión del momento.

Y entonces la oscuridad se hizo luz, tan blanca y cegadora que se apretaron más que nunca para que no les golpeará en el rostro.

Pero, al fin y al cabo, era inevitable, pues la luz no solo iluminaba el lugar, sino que cruzaba sus cuerpos. Y esa misma claridad que los cegaba, les hizo ver.

Abrieron los ojos y notaron que algo los separaba con suavidad, como si tuvieran finos hilos en sus espaldas y un titiritero los estuviese moviendo. Se elevaban y volvían a caer, lento, despacio, como si volaran o flotaran, pequeñas pompas de jabón que iban y venían al son de una suave brisa.

Entonces sintieron que ellos mismos se convertían en aire y desaparecían, que estaban sin estar. Notaban sus cuerpos, pero allí no había nada. Segundos más tarde, la oscuridad volvió de pronto, como si alguien le hubiese dado al botón de pausa del mundo. Luego, poco a poco, vieron aparecer sus cuerpos. Lo hacían a sorbos, como si alguien los dibujara a carboncillo, a pequeños trazos.

Se vieron a sí mismos en colores negros, como si todo fuera un borrador de la realidad. Observaron a su alrededor las formas que se iban creando y empezaron a adivinar dónde estaban.

Marta y Ramón intentándose ahogar el uno al otro en un enorme lago, jugando. Sentían que el agua no les mojaba, sino que era como fina arena que les rozaba y hacía cosquillas. Su madre, Alicia, y Toni estaban tumbados en la orilla, contemplándolos. Ella con la mirada perdida, observando el vacío. Él, primero, miró a su mujer con extrañeza. Luego posó sus ojos en ellos, orgulloso, como si los niños fuesen algo creado directamente por el mismísimo Dios. Los dos hermanos salieron del lago y corrieron al encuentro con sus padres. Se fijaron un momento en su madre, cuyo trazo iba y venía de forma intermitente, como una bombilla a la que le faltaba energía o una televisión mal sintonizada.

Creyeron que ese trazo, el de su madre, no era más que un recuerdo, puesto que no había cruzado al otro lado junto a ellos. Por eso no se quedaba de forma constante. Solo ellos y su padre, que verdaderamente estaban allí, permanecían.

Ambos se dijeron a sí mismos que debían lograr que su madre tuviera esperanza, que creyese su historia para poder llevarla al encuentro con su padre.

Se colocaron a derecha e izquierda de sus padres y empezaron a mojarles dejando caer el agua impregnada en sus bañadores y en su pelo. Toni se levantó de un salto y lanzó un grito ahogado por el paso del tiempo, a pesar de que resonó en sus cabezas en forma de recuerdo. Cogió de la mano a Marta y la arrastró corriendo de nuevo hacia el agua. Alicia cogió en volandas a Ramón e hizo lo mismo, acabando los cuatro en el agua.

Allí dentro, entre risas y nostalgia, Marta se montó en los hombros de su padre y Ramón hizo lo propio con su madre. Jugaban a ver quién acababa antes en el agua, cuando de pronto, todo se aceleró, haciéndose realidad aquello de que el tiempo pasa rápido cuando uno se divierte.

Sintieron que el fino hilo que les había llevado hasta allí tiraba de ellos hacia el fondo del lago. Su madre desapareció y los tres se vieron bajo las aguas. Los peces atravesaban sus cuerpos y apenas sentían un leve hormigueo. No entendían por qué, pero podían respirar. Entonces el agua empezó a borrar el carboncillo que formaba sus cuerpos y notaron cómo se convertían en vacío. Estaban y a la vez no. Solo Toni reconoció aquella sensación, no así sus hijos. Y es que, en cierta manera, no existían en aquel mundo.

A pesar de ser vacío, aunque no se veían a sí mismos y permanecían en la nada, sentían la presencia de los demás. Toni sabía que a su lado estaban sus hijos, que no se habían marchado. Y así era también al revés. A pesar de ser vacío extendieron sus manos, o lo que creían que eran sus manos, y las estrecharon. Era extraño, pero aun así sintieron la piel, el latido del corazón.

Esos latidos aumentaron de ritmo a medida que ellos dejaban de ser vacío para vestirse de todos los colores, más vivos que nunca, y a su alrededor empezaba a formarse una fotografía en color sepia de su casa, de su salón concretamente. Flotaron

hasta quedar sentados en el suelo y se vieron bajo una construcción hecha de sábanas, una especie de tienda de campaña montada en pleno salón, entre el sofá y la televisión.

Jugaban al parchís mientras la tele reflejaba a un gato sacando extraños artilugios de su bolsillo. Apenas distinguían los colores del juego, por ser sepia, pero cada uno sabía cuál le tocaba. Ramón era pequeño y no sabía jugar, pero sacaba los mejores dados, Marta y Toni gritaban sorprendidos y ponían caras de histeria, viendo que el muchacho les iba ganando. Él reía con ganas, más por ver a su hermana y a su padre con esos rostros que por saber que ganaba, jugaba sin ton ni son con más suerte que otra cosa, simplemente disfrutando.

Escucharon un portazo retumbar en su cuerpo, como cuando Ramón reía o Marta gritaba angustiada por perder, el sonido llegaba directamente a su piel sin pasar por los oídos, y lo escuchaban con más claridad que nunca. Toni les miró como si él mismo fuera un niño pequeño, riendo pillo, y tiró de ellos hacia su cuerpo, tapándoles la boca para que no hablaran. En su piel escucharon “nos va a matar” y luego una risilla ahogada.

Estuvieron unos segundos en silencio, con el corazón latiendo a mil revoluciones y prácticamente sin respirar, esperando el momento. Luego sintieron temblar el suelo porque alguien lo pisaba y, finalmente, una cabecita, asomó en la cabaña.

En sus pieles se escribió con letras mayúsculas un «¿qué estáis haciendo?» que intentaba regañar, pero le era imposible. El rostro de Alicia aparentaba estar enfadada, pero sus labios decían la verdad, se movían inquietos intentando formar una sonrisa. En su piel se escribió, también en mayúsculas, un « ¡nos ha pillado!» pronunciado por su padre. Este soltó a sus hijos, que se lanzaron a por su madre para meterla en la cabaña de sábanas. Entre los dos lo consiguieron y Toni les ayudó a tirarla al suelo para hacerle un ataque de cosquillas.

El cuerpo de Alicia era de color sepia como el resto del espacio y seguía viéndose borroso, cada una de sus formas era una fotografía mal enfocada que iba y venía, pero cada vez que sus hijos y marido la tocaban, cuanto más alto reía ella, más se definía. Los tres intensificaron el ataque y la madre lloraba de la risa, dando patadas al aire, pidiendo clemencia. Las cosquillas siempre habían sido su debilidad y aquel asalto estaba resultando mortal.

Poco a poco, Alicia fue adquiriendo color, primero mate y después con más intensidad, brillando como el resto. Aún se veía algo difuminada cual cristal empañado, pero ya no iba y venía, era un avance. Marta y Ramón cesaron el ataque y se tumbaron junto a su madre en el suelo para descansar. Toni hizo lo mismo, dándole un beso a su mujer. Los cuatro miraron aquel tejado formado por sábanas aún con la risa en la garganta y, lentamente, el más oscuro de los negros fue penetrando en aquel lugar para impregnarlo todo y que no se pudieran ver a ellos mismos.

Momentos después, la oscuridad que les rodeaba se empezó a llenar de puntos parpadeantes y ellos flotaron como si estuvieran en el espacio, como si no hubiera gravedad. Volaban boca abajo, en posturas inverosímiles y, por instantes, creyeron ser de goma. Se dieron cuenta de que los puntos eran estrellas y que a lo lejos veían los planetas. Intentaban acercarse a ellos y entonces, de pronto, cayeron hacia abajo como si fuesen cometas que vuelan por el horizonte. Se acercaban a la Tierra a velocidades vertiginosas y sus extremidades se estiraban y volvían a su lugar, la fuerza de gravedad los atraía y luego les dejaba respirar.

Marta y Ramón notaron que se hacían más pequeños. Ella, una niña con trenzas y mejillas sonrosadas; Ramón, apenas un bebé que intentaba hablar, pero no sabía más que balbucear.

Ambos se fijaron en sus padres, en cómo habían rejuvenecido, y se sorprendieron. Muchas veces tenemos la creencia de que nuestros padres nacen viejos y resulta que no, que hubo un tiempo en que fueron jóvenes y tuvieron sueños, también temen el efecto del paso del tiempo en sus cuerpos, también se miran al espejo y se preguntan adónde se fue su juventud. Alicia parecía más viva que nunca, definida por completo, sin interferencias. Marta se fijó en que en el pasado tenía los ojos de un azul vivísimo y le hizo gracia su pelo, larguísimo hasta el extremo y de un color pelirrojo para nada acorde con el color de su cabello original. Toni, al contrario, había perdido las canas y recuperado su negro natural. Costaba verlo sin aquella barba que tanto les raspaba al besarlo.

Los cuatro aminoraron la marcha a medida que se acercaban al suelo, a pesar de que seguían viendo las estrellas a poca distancia y casi podían rozarlas. Aunque las formas que veían a su alrededor, las casas, calles y árboles, no estuvieran definidas y no

pasaran de ser formas geométricas propias del cubismo, más que algo cercano a la realidad.

Atravesaron el techo de su casa y cayeron en una enorme mano formada por nada más que huesos. A pesar de ello, de parecer fríos y vacíos, les abrazaban y les daban un calor que entraba por las plantas de sus pies, recorría cada centímetro de su piel y salía por su cabeza. Los huesos se transformaron poco a poco en una cama y todos se miraron con los ojos entrecerrados, como si hubiesen despertado de un largo sueño y apenas pudiesen abrirlos. Necesitaban estirar cada una de sus extremidades y Toni se levantó para agarrar a ambos y lanzarlos contra el colchón. Marta y Ramón volaron y reían a carcajadas, intentaban huir de su padre y a la vez volvían a acercarse, pidiendo más. Él les complacía y buscaba cada una de sus debilidades, aquellos centímetros de piel que más les hicieran reír. Luego les volvía a coger por la cintura y los lanzaba, aparentando ser un profesional de lucha libre. Alicia, mientras tanto, contemplaba la escena con una sonrisa.

Marta se apartó un poco porque le dolía la barriga de tanto reír, Ramón gateó por la cama hasta subirse encima de su padre. Intentaba hacerle cosquillas, pero no sabía cómo. Toni lo cogió y lo lanzó hacia arriba, subiéndolo y bajándolo, alzándolo a los cielos, haciéndole volar. Ramón reía cada vez que subía y Marta aprovechó ese momento para intentar hacerle cosquillas a su padre, toqueteando su barriga con la punta de los dedos. Él reía a la vez que seguía lanzando al pequeño e intentaba pedir clemencia, a pesar de que su boca no emitía ningún sonido, apenas un eco que provenía de otros tiempos.

Ramón se fue haciendo más y más pequeño a medida que Toni lo elevaba, como si fuera un montón de arena que se estuviera desvaneciendo por el efecto de una brisa de aire. El pequeño lloraba cual recién nacido al verse desaparecer, pero sus padres y su hermana seguían riendo como si no se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo.

Las paredes de la casa empezaron a caer, muros derribados cual naipes imitando un castillo, frágiles, de papel. Ramón había desaparecido por completo y Alicia, Toni y Marta miraron a todas partes, dándose ahora cuenta de que faltaba. El mundo se oscureció por instantes y solo quedaron ellos encima de la cama en mitad de un abismo que parecía inabarcable. Ésta volvió a convertirse en la mano de huesos que había sido antes y se cerró sobre ellos, apagando el mundo y sus propias almas por completo.

Cuando despertaron, vieron, por un momento, el mundo con todos sus colores y luces, la realidad en sí misma. Estaban Toni y Marta en la calle, en la acera, justo delante de su casa. Él no era más que un joven recién casado con la mujer de su vida y ella un bebé de apenas unos meses que se miraba a sí misma sin creerse ser tan pequeña. Su padre la contemplaba con una enorme sonrisa en los labios, recordando tiempos de despreocupación y futuros por llegar.

Entonces, como si el reloj hubiera decidido dar un salto en el tiempo, se hizo de noche. Salieron la luna y las estrellas, aunque ninguna farola se encendió y todo permaneció tan oscuro que apenas podían verse a ellos mismos.

Toni rebuscó en la mochila que había en el carro donde su hija estaba sentada, sacó un chupete y se lo puso en la boca a Marta, que lo recibió alegre, recordando con gusto la sensación de regodearse con aquel trozo de plástico. Luego, sonó un pitido estridente cuya melodía ella no recordaba. Era el móvil de su padre, un cacharro enorme que más bien parecía un ladrillo. Éste lo miró cabreado nada más ver la pantalla, lo cogió con disgusto y se puso a hacer aspavientos a los pocos segundos. La muchacha no entendía nada de lo que decía su padre. Sus palabras ya no eran ecos lejanos como había sucedido en anteriores ocasiones, se escuchaban perfectamente, pero para ella no eran más que letras ininteligibles que no tenían ningún sentido.

La conversación se hacía más y más airada por momentos. A veces Toni se quitaba el móvil de la oreja y lo miraba con rabia, como si quisiera estamparlo contra el suelo. Luego volvía a colocárselo en el oído y gritaba.

Tenía tanta rabia encima que ni se dio cuenta de que estaba casi en mitad de la carretera. No se percató de que por detrás de él venía un vehículo a toda velocidad, un coche que, estando la calle en aquella completa oscuridad, apenas lo vería hasta tenerlo encima.

Quien sí lo vio fue Marta, que se incorporó como pudo alzando la cabeza y removiéndose nerviosa en el carro. Aquel coche lo iba a atropellar y lo único que se le ocurrió fue llorar, gritar a lágrima viva para que su padre despegara la oreja del dichoso móvil.

Toni alzó la mirada de improvisito y caminó rápido hacia su hija para intentar calmarla, ella lo esperaba con los brazos extendidos como si reclamara que la cogiera.

Justo en el instante en que su pie derecho tocó la acera, se escuchó un frenazo tremendo. Toni giró su cabeza en dirección al sonido y se dio cuenta de que el coche estaba a punto de atropellarle. Saltó rápido hacia la acera, pero no tanto como para evitar que el morro del coche lo rozara y le hiciera caer al suelo.

Alicia, que al parecer había escuchado el frenazo, salió despavorida de casa y corrió hacia la escena. Marta lo vio a cámara lenta, como si el tiempo se hubiera ralentizado de repente. Su madre con el rostro desencajado de temor acercándose a su padre. Él en el suelo, primero con los ojos cerrados y una herida en la cabeza por donde no dejaba de salir sangre, luego abriéndolos e incorporándose en el mismo instante en que Alicia llegaba y comprobaba que estaba bien.

Los dos se quedaron mirando a Marta, que en ese instante sonreía de alivio y volvía a extender los brazos, reclamando un abrazo. Toni se levantó del suelo a pesar de que le crujía el cuerpo entero y se echó a su hija a los brazos para agradecerle lo que acaba de hacer.

Dándole las gracias por haberle salvado la vida.

El mundo se oscureció justo un instante después de que Marta viera a la Muerte al otro lado de la calle, mirándola sin ojos, sin rostro.

Algo le decía que le agradecía haberle quitado trabajo.

Aunque no sabía exactamente si su presencia estaba en su recuerdo o en el presente.

—Marta, Marta, ¿estás ahí? ¡Despierta! —Ramón sacudía fuerte a su hermana, temeroso de que se hubiera perdido o algo parecido. Las nubes se habían marchado y el sol entraba por la ventana, dando por finalizada la noche de los muertos.

Capítulo 4: Silencio

Marta abrió los ojos lentamente, aturdida. Estaban en el suelo. Al parecer, habían caído allí dormidos al coger el *doudou*. A ambos les dolía cada músculo del cuerpo por haber pasado tantas horas allí tirados. Si lo hubieran sabido, habrían dejado la pequeña manta encima de la cama para, al menos, quedar en una posición algo más cómoda. Debían tenerlo en cuenta el próximo año.

— ¡Me dejasteis solo! —reprochó Ramón enfadado—. Fue todo muy raro. Estaba en brazos de papá y fui desapareciendo. Luego todo estaba oscuro y vosotros no aparecáis. Tenía miedo, os odio.

Marta se quedó un momento mirando a la nada, pensando. Luego recordó:

—Le salvé la vida a papá...

— ¿Qué dices?

—Lo siento, Ramón, te quedaste solo porque papá me quería enseñar un momento en el que tú aún no habías nacido —Marta abrió los ojos ilusionada a medida que hablaba—. Cuando yo no era más que un bebé, papá estuvo a punto de ser atropellado. Empecé a llorar y, gracias a eso, se quitó de en medio de la carretera.

Ramón la miraba extrañado, sin acabar de entender. Teresa se asomó por el umbral de la puerta. Aún llevaba a Lolo en sus manos, como si fuese el objeto más valioso del mundo y temiese desprenderse de él. En realidad, para ella lo era.

— ¿Cómo ha ido?

Ramón se levantó de un saltó y corrió a sus brazos.

— ¡Genial abuela! ¡Papá está vivo, hemos podido hablar con él, nos ha llevado a un montón de sitios, nos lo hemos pasado súper bien!

Teresa se puso seria por instantes e intentó agacharse un poco para ponerse a la altura de su nieto.

—Tenéis que tener clara una cosa: papá no está vivo, lo que ha pasado hoy es algo excepcional —miraba alternativamente a Marta y a Ramón. La primera asentía con tristeza, pero comprendiendo. El segundo miraba al vacío enfadado, como si le hubiesen

estafado—. La Muerte nos da una oportunidad al año para que volvamos a ver a nuestros seres queridos, pero no nos los devuelve.

Ramón se cruzó de brazos, enfadado, y Teresa le acarició el rostro con suavidad. Sabía lo que pasaba por su mente en esos instantes: era feliz por haber visto a su padre, pero le daba rabia asimilar que aquello que acababa de vivir no iba a pasar todos los días.

— ¿Lo entiendes, cariño? —le preguntó. Ramón asintió, aún enrabiado y con la mirada puesta en ninguna parte, abrazando el *doudou*. Teresa asintió, algo menos preocupada y cambió su rostro a uno algo más alegre y risueño—. ¡Contadme! ¿A dónde habéis ido con papá?

Ramón cambió su cara al instante, se descruzó de brazos y dio pequeños saltitos de emoción, aunque Marta se le adelantó tomando la palabra:

— ¿Tú sabías lo del accidente que estuvo a punto de tener cuando yo era un bebé?

Teresa miró con cariño a su nieta, asintiendo:

— ¿Te sientes un poco mejor ahora?

— Sí —confirmó Marta, a pesar de que el corazón aún le latía a mil por hora por los nervios y la locura de todo lo que había pasado—. No es que ahora no me sienta culpable, pero lo hablé con papá y me tranquilizó, me dijo que tenía que intentar pasar página, que no podía pensar en que todo había sucedido por mi culpa porque no lo podíamos saber, pero, aun así, que no me preocupara.

Miró al vacío y se le agolparon todos los recuerdos de aquella noche. Sonrió melancólica y añadió:

—Saber que gracias a mí quizá vivió unos años más, también ayuda un poco.

—A veces no sabemos por qué pasan las cosas, no nos podemos fustigar por todo lo que hacemos —Teresa se giró hacia Ramón y le alentó a contar su experiencia—. ¿Y tú qué? ¿Qué es lo que más te ha gustado?

— ¡Ha sido súper guay, abuela! —dijo el pequeño extendiendo los brazos hacia arriba, como si hubiese logrado un enorme triunfo—. Lo que más me gustó fue recordar

el día en el lago. Hicimos una batalla en el agua, a ver quién tiraba a quién. Marta hacía equipo con papá y yo con mamá, estuvimos peleando...

Ramón no acabó la frase porque vio agrietar tanto el rostro de su abuela que se asustó.

— ¿Qué pasa, abuela? —preguntó Marta, que se levantó y se colocó al lado de Teresa, como si temiera que se pudiera desmayar en cualquier momento.

— ¿Habéis visto a vuestra madre? —preguntó horrorizada. Temblaba de manera incontrolada, mirando al vacío.

—Sí, ha estado con nosotros casi todo el tiempo —Marta agarró a su abuela por los brazos, asustada por ella.

—Hija...

— ¿Abuela? —Ramón buscaba los ojos de Teresa, pero esta no miraba a ninguna parte, solo a sus recuerdos.

—Solo hay dos razones que hacen posible lo que sucede la noche de los muertos: tener esperanza de que tus seres queridos estén en alguna parte y viajar hacia allí tocando el objeto que haga de vínculo o... que estés muerto.

Marta sintió un ahogo en el pecho que le quemaba los pulmones y le cortaba la respiración. Ramón se quedó aturdido mirando a su abuela, buscando respuestas que no quería escuchar.

La joven saltó hacia fuera de la habitación y corrió hacia el salón, buscando rápidamente el teléfono para llamar al hospital. Pasaban ya de las nueve de la mañana y su madre debía haber llegado ya a casa, pero no podía ser, no lo podía creer, tenía que estar bien, no podía haber sucedido nada malo. Corría por su mente este pensamiento que era más un deseo que una certeza. Si lo que decía su abuela era verdad, la única certeza que había es que su madre había muerto.

Intentó despejar esta idea de su cabeza, pero al agarrar el teléfono y ver la pantalla se le heló la sangre: habían recibido cinco llamadas durante aquella noche. ¿Cómo era posible que no lo hubieran escuchado? ¿Cómo demonios habían estado ajenos y felices mientras no sabían nada de su madre?

Teresa y Ramón aparecieron por el umbral de la puerta mientras Marta intentaba llamar al número que tenía en pantalla. Sus dedos se movían nerviosamente y apenas podía marcar los números de manera correcta. Se dijo a sí misma que debía calmarse, respiró profundamente y, a pesar de que seguía temblando, consiguió hacerlo.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—Hospital San Carlos, dígame —contestó una voz femenina.

Marta cerró los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas. Durante unos segundos no pudo hablar, sentía que le faltaba el aire y no alcanzaba las cuerdas vocales. La voz preguntó, ante la falta de respuesta.

—¿Hola?

—Hola, me llamo Marta Torrejón, soy hija de Alicia Fernández —tomó un respiro.

No quería seguir, no quería saber lo que le dijera aquella mujer. Pero tuvo que continuar.

—Mi madre trabaja en vuestro hospital y en principio termina su turno a las ocho de la mañana, aún no ha llegado a casa.

Silencio. Se escuchó mover papeles al otro lado del teléfono y, segundos después, la mujer volvió a hablar, esta vez con la voz más compungida que nunca:

—Os hemos estado llamando toda la noche —se la escuchó coger aire y Marta supo lo que iba a decir aun sin decir nada—. Por favor, venid cuando podáis. Tu madre sufrió esta madrugada un infarto. Los médicos han estado horas intentando reanimarla y, por momentos, creyeron conseguirlo, pero ha sido imposible, ha fallecido. Lo siento muchísimo.

«Silencio».

Gracias por haberme leído, por haberme acompañado en esta historia, espero que la hayas disfrutado.

Si así ha sido, me ayudaría muchísimo un comentario en cualquier red social. Igualmente me encantaría saber tu opinión, no dudes en hacérmela saber.

¡Ojalá nos volvamos a leer!

https://www.goodreads.com/author/show/19345927.Javier_Mart_nez_Ba_uls

<http://relatosdelbaul.com>

Instagram: @javiermb913

Twitter: @javiermb913

Mail: javiermb913@gmail.com